

□ *Clicks a la distancia*

Los Stones de Aceves

José Antonio Rodríguez

Y a sea porque es más fácil escribir frases absolutistas, que impiden un mejor desmontaje de los hechos visuales y socioestéticos o por un positivismo neoliberal en donde todo lo que exhiben las instituciones es lo máximo, el caso es que de un tiempo para acá pareciera que permanentemente estamos ante el surgimiento de las revelaciones fotográficas de los últimos años. Y todo esto vuelve a suceder, una vez más, con la exposición *Rolling Stones* del esquemático fotodocumentalista Fernando Aceves.

Y si no vea usted. En un texto del catálogo de la muestra se dice: "Aceves es hoy por hoy el primer fotógrafo en México que de modo sistemático y de tiempo completo enfoca su trabajo hacia la música"; por otro lado Teresa del Conde y el curador Manuel Centeno, para contextualizar el trabajo de Aceves, escriben: "El arte es una tarea creativa que implica oficio y dosis de artificio transmisible por un vasto conglomerado de sentimientos..", etcétera; y ahí mismo Juan Villoro termina escribiendo: "Estamos ante el principal documentalista gráfico de la música popular en México...", todo ante lo cual no debe haber objeción alguna. Pero ya se sabe que no siempre las alabanzas inmediateistas concuerdan con lo que se ve.

Pareciera que en principio fuera notable que el Museo de Arte Moderno haya abierto sus salas para una exposición de foto, porque ya se sabe que a este museo durante años poco le ha interesado la fotografía como producto artístico. Pero precisamente porque en ese museo es escaso el conocimiento o la difusión de la fotografía contemporánea es que se termina por entender que con *Rolling Stones* se fueron más por el tema que por una propuesta autoral. Importó más la aparente espectacularidad de las imágenes como fetiches (con chamarras autografiadas por los Stones, discos, playeras, CDs, videos), que una comprensión de las imágenes de Aceves hacia los públicos; todo en medio de una museografía que quiso ser efectista y se quedó en lo precario (se comienza con luces a ras del suelo que producen marcadas sombras sobre los cuadros, se continúa con lámparas de filtros amarillos y se termina con una iluminación normal).

Como exactamente sucede en las fotografías de danza —en donde está dada ya una puesta en escena y el fotógrafo registra las coreografías sin posibilidad de intervención o de control sobre las mismas—, Aceves no logra ir más allá de la circunstancia que se le ofrece. Y cómodamente se instala deslumbrado ante la fastuosidad rockera sin buscar un lenguaje personal. Por eso, fascinado ante sus deidades, el fotógrafo como autor no se ve por ningún lado: más allá de los acercamientos tradicionales se niega a sí mismo a meterse a fondo con esas efigies a las que se pliega reverencialmente. Dentro del cuadro ellos son los iconos centrales siempre. Es aquí cuando surge lo esquemático, hasta el bostezo: vestimentas brillantes que se exaltan en encuadres cerrados, luces incontrolables que se meten por todos lados, sombras involuntarias en el escenario y sobre los rostros, encuadres en contrapicada para acentuar la reverencia, caras siempre gesticulantes; manos tomando un micrófono, una guitarra, tocando la batería ("¿y qué voy a hacer si es lo único que hacen los Stones?", preguntaría cualquier fotógrafo que se niega a indagar); junto al resto que también se vuelve incontrolable: corte de figuras (el fotógrafo se lo pasa cortando los pies de los Stones; claro, nada que ver con esas guitarras y esas jetas tasajeadas de sus majestades) y objetos que se le insertan en su cuadro, u otros espectadores que se le cruzan incidentalmente. Por eso, imagen tras imagen, hay aquí un espectáculo predigerido, y por tanto previsible, que se une a la expectación perpleja de su autor. Sin control ante lo que se ve, entonces, no queda más que el registro simplista y fascinado. ■

Fernando Aceves, *Rolling Stones*, Museo de Arte Moderno, Reforma y Gandhi, hasta el 20 de agosto.